La GUERRA QUE NOS HAN CONTADO

Basada en la famosa novela de Ernest Hemingway

1936 Y NOSOTROS



JESÚS IZQUIERDO MARTÍN
PABLO SÁNCHEZ LEÓN

ALIANZA EDITORIAL

LA GUERRA QUE NOS HAN CONTADO

JESÚS IZQUIERDO MARTÍN
PABLO SÁNCHEZ LEÓN

LA GUERRA QUE NOS HAN CONTADO

1936 Y NOSOTROS

ALIANZA EDITORIAL

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Edición electrónica, 2014
www.alianzaeditorial.es

© Jesús Izquierdo Martín y Pablo Sánchez León, 2006
© Alianza Editorial, S. A. Madrid, 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
ISBN: 978-84-206-6731-7
Edición en versión digital 2014

Para Gabriela y para León, bisnietos de la guerra de 1936,
esperando que continúen recibiendo y transmitiendo
relatos sobre aquel tiempo lejano y cercano.

A Reyna Pastor y a Manuel Pérez Ledesma,
ciudadanos conscientes siempre antes que historiadores.

ÍNDICE

PRÓLOGO Y AGRADECIMIENTOS 11

PRIMERA PARTE
RELATOS HEREDADOS

1. 1936, ENTRE LO FAMILIAR Y LO EXTRAÑO 19
El pasado como mundo ajeno 25
De la memoria a la historia 33

2. LA VERDAD TAMBIÉN TIENE SUS MITOS 39
Los vencidos y el mito de la imparcialidad 48
Desmitificar sin dejar de tomar partido 64
Los vencedores y el mito del fin de la guerra «de papel» 72

3 ¿DE QUÉ MANERA CONOCEMOS EL PASADO RECIENTE? 87
Explicación: en pos de la reconstrucción 93
Naturalización: el síntoma de la crisis 106
Positivismo: un legado desequilibrado 119
Hermenéutica: el trayecto inacabado 131

SEGUNDA PARTE

ESBOZOS DE OTROS RECUENTOS

4. PALABRAS QUE MATAN 143
Palabras con poder 147
Guerra de palabras 156
Palabras de guerra 165
Palabras de ciudadanos 175
Palabras de crisis 187
La guerra de 1936 y el orden de sus palabras 210

5. ENTONCES, ¿QUIÉNES ERAN NUESTROS ABUELOS? 227
Naturalizaciones 231
Descripciones 245
Metáforas 254
Actuaciones 262

6. LA GUERRA DE 1936 Y NOSOTROS 277
Historizar la memoria 280
Historizar la historia 290
Historizar la verdad 297

EPÍLOGO 307

BIBLIOGRAFÍA CITADA 313

PRÓLOGO Y AGRADECIMIENTOS

Este libro comenzó a gestarse a la vuelta de un día de campo en la Pradera de Valsaín, en la sierra de Guadarrama. Fuimos allí con nuestros hijos un sábado de octubre de 2005 a visitar a unos buenos amigos que residen en ese lugar desde hace años. Ya de regreso a Madrid, justo cuando acabábamos de pasar cerca de una zona que fue frente estable durante la contienda, la guerra de 1936 se metió en nuestra conversación.

Se avecinaba una nueva oleada de celebraciones sobre la década de 1930 y nos sentíamos en esta ocasión particularmente molestos. Constatábamos un renovado interés por la Segunda República entre públicos con mayor conciencia política, pero ambos coincidíamos en que este fenómeno no estaba encontrando realmente interlocutores sensibles entre los autores expertos en el tema. Coincidíamos también en señalar que en cambio los grupos sociales más apegados al posfranquismo lo habían tenido realmente fácil en los últimos años para hacerse con una literatura afín, gracias en parte al apoyo institucional recibido durante las dos legislaturas conservadoras. Comentamos que lo que las instituciones deberían ofrecer a los ciudadanos eran enfoques que mo-

tivasen la reflexión crítica respecto de los lugares comunes con los que todos tendemos a construir el pasado reciente. Pero no creíamos que la literatura que se iba a producir alrededor de la conmemoración fuese a cumplir esa función.

Nuestra conversación avanzó hasta preguntarnos qué conocimiento de la guerra de 1936 podían tener los ciudadanos españoles que no eran expertos en el tema. Pronto nos encontramos rastreando nosotros mismos en nuestras propias biografías, tratando de respondernos el uno al otro qué es lo que sabíamos sobre la guerra, y de dónde nos venía ese conocimiento. Nos vimos obligados a reconocer una interesante carencia: a excepción de las historias que nos contaron nuestras familias sobre nuestros parientes muertos, nadie más se había molestado en relatarnos de viva voz la guerra de 1936, algo que nos resultaba aún más sorprendente teniendo en cuenta que ambos habíamos estudiado la carrera de historia. Los dos habíamos leído bastantes libros sobre el asunto, pero sin demasiado orden ni motivación clara, a la vez que compartíamos un extraño interés por documentales y obra gráfica sobre el período que va más allá del aprecio romántico. Llegamos así a la conclusión de que nuestro interés por el tema tenía que ver con esa doble ausencia: la de nuestros parientes muertos en la guerra y la de historias contadas más allá del recinto familiar.

La conversación se fue calentando a medida que nos acercábamos a Madrid, mientras los niños, afortunadamente, dormitaban. Nos convencimos de que seguramente miles de españoles de edades cercanas a las nuestras habían experimentado ausencias parecidas. Podíamos estar ante un fenómeno colectivo: era probable que para muchos de nuestros conciudadanos la guerra de 1936 fuera sólo un relato familiar, y que para muchos otros fuera un tema tan en manos de expertos que desalentaba la aproximación a él. Pero sobre todo lo que nos parecía es que ese público necesitaba en este asunto de una literatura que le permitiera tomar distancia de las convenciones con las que se cuenta eso que se suele llamar «la Historia».

Cuando entramos en Madrid, ya estábamos decididos a escribir un libro en el que, aprovechando nuestras respectivas biografías —tan próximas como lo pueden estar las vidas de quienes han compartido colegio, instituto, universidad, actividad profesional, alguna que otra desgracia y muchas alegrías—, trataríamos de afrontar algunos de los re-

latos de la guerra de 1936, fueran contados de viva voz o por escrito. El objetivo no era mostrar las carencias y los relatos a los que hemos tenido acceso quienes escribimos este libro, sino reflexionar —a partir de nuestra relación personal con aquel conflicto— sobre los presupuestos con los que se ha contado la guerra de 1936 desde que es denominada con el término «Guerra Civil», es decir, desde hace casi medio siglo; y rastrear esos enfoques en libros de texto, en monografías especializadas y un poco también en las artes.

Por razones de geografía e incertidumbre laboral tuvimos que aparcar temporalmente unos meses el proyecto hasta comienzos de 2006. Desde hacía más de un año trabajábamos uno como profesor visitante en una universidad de Estambul —Sabanci University— y el otro como investigador doctor en la Universidad Autónoma de Madrid. Las circunstancias no eran las mejores para abordar un libro conjunto, pero la amistad, la inquietud y el Mediterráneo —que siempre une— nos alentaron para mover finalmente un proyecto que, gracias a la buena acogida inicial que tuvo de Cristina Castrillo —editora de Alianza Editorial— y al incombustible apoyo de Juan Pro —asesor en la misma editorial— tenía visos de salir adelante. A principios de 2006 nuestra situación laboral experimentó un nuevo giro: uno de nosotros había retornado a España, a la Universidad Complutense de Madrid, y el otro se había desplazado a la Universidad de Murcia. Desde esta mayor cercanía, aun dentro de la complicación y la precariedad que seguía implicando, comenzamos a leer, discutir y enseguida a redactar *La guerra que nos han contado*.

Nuestra pretensión era escribir un libro principalmente como ciudadanos y no como historiadores profesionales. No somos ni aspiramos a ser expertos en la guerra de 1936, por lo que en este trabajo habrá probablemente bastantes ausencias y ciertos excesos. Nos ha motivado especialmente la reflexión sobre los fines cívicos del conocimiento histórico, y la relación de éste con la conciencia acerca del presente que vivimos.

El libro consta de dos partes. En la primera hemos intentado revisar no las diferentes interpretaciones de hechos concretos ocurridos entre 1936 y 1939, sino las maneras con las que se han construido los relatos heredados de la guerra. La segunda parte tampoco trata de presentar una nueva interpretación de los acontecimientos de aquella década

crucial de 1930. Lo que ofrece son elementos con los que poder recontar la guerra de 1936 partiendo del supuesto de que lo que sabemos y sabremos de aquel pasado son las historias que unos y otros autores nos cuentan, sean éstos familiares o doctores en historia. Por ello nuestra propuesta es, al igual que cualquiera otra, falible y transitoria.

Nuestro objetivo ha sido transmitir al lector las reflexiones de dos personas que, como tantos miles, somos en parte producto de aquella guerra de nuestros abuelos, de manera que estamos emplazados a conversar sobre ella si no queremos condenarnos a regresar una y otra vez involuntariamente al pasado; pero también las reflexiones de dos personas que, por nuestra trayectoria profesional, hemos terminado reconociendo en realidad que el problema del pasado es lo difícil que resulta llegar a él sin inventárnoslo por el camino.

Somos conscientes de que la sombra de nuestra condición de historiadores se proyecta más de lo debido en esta obra; asumimos nuestra propia esquizofrenia: por un lado somos ciudadanos y, por otro, profesionales, y no nos parece sencillo armonizar siempre ambas condiciones. Con todo, hemos escrito el libro que queríamos escribir. De haber contado con más tiempo tal vez hubiéramos producido una obra más acabada, pero quizá también menos fresca que la que ha salido de la imprenta.

Este libro se empezó a escribir alrededor del 23 de febrero y se entregó el 18 de julio de 2006. Más allá de la casualidad un tanto macabra, hemos escrito estas páginas en poco más de cuatro meses «a golpe» de mucho esfuerzo, teniendo que compaginar su redacción con las tareas docentes y de investigación habituales en nuestra profesión. Ha habido proyectos editoriales que hemos tenido que posponer por su causa, con perjuicio de las personas que nos los encargaron, y a las que queremos pedir disculpas. En este tiempo también ha habido relaciones que hemos tenido que descuidar y esperamos que, a quienes afecta, hayan podido comprenderlo.

No hubiéramos podido realizar a tiempo este libro sin la ayuda de toda una comunidad no siempre visible pero crucial y cuya huella se nota en esta obra y en ese «nosotros» del subtítulo. Son personas que desde muy distintos ámbitos y de modos diferentes nos han ayudado, en ocasiones resolviendo problemas laterales relacionados con nuestra vida cotidiana, en ocasiones interesándose por la marcha de nuestro tra-

bajo, en ocasiones aguantando nuestra fijación con el tema; en ocasiones, en fin, compartiendo este tiempo con nosotros y haciéndonos mejorar nuestra calidad de vida.

En primer término va nuestro agradecimiento a nuestros padres, Fernando Sánchez Creus y Josefa Martín Miñano, que han estado ahí, en algunos casos con una atención y constancia que no tienen precio; y después va dirigido hacia las personas con las que compartimos este tiempo de nuestras vidas, Claudia y Nekane.

Cuando teníamos una primera versión de este texto, Juan Pro Ruiz se ofreció a que lo discutiéramos en una sesión especial del Seminario de Historia Social que dirige en la Universidad Autónoma de Madrid, y del que somos asiduos participantes. A fines del mes de junio tuvo lugar la discusión, en la que participaron Rafael Cruz, Marcello Caprarela, Florencia Peyrou, Juan Pro, Carlos Ferrera, Ángeles Hijano, Diego Palacios, Noelia González Adánez, Juan Pan-Montojo, Elena Sánchez Madariaga, Dimitri Papanikas, Maude Joly, Rosario Rodríguez, Juan Luis Simal, Santiago Jaén, Darina Martykanova, Javier Castro, Saúl Martínez y Manuel Pérez Ledesma. Recibimos muchas y muy clarificadoras críticas que nos han permitido tratar de resolver incoherencias, aclarar aspectos oscuros y omitir otros en el texto final.

Nuestro agradecimiento también va dirigido a entrañables colegas, como Marisa González de Oleaga, Miguel Ángel Cabrera, Fernando del Rey, Ana Wilde, Olga Abásolo, Chencho Riquelme, Javier Puche Gil, Pepe Rubio, Gonzalo Álvarez Chillida, Alejandro Alonso y Nigel Townson. Y por extensión a todos los miembros de nuestros departamentos de trabajo: el Área de Historia Económica del Departamento de Economía Aplicada (Universidad de Murcia) y el Departamento de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos de la Universidad Complutense de Madrid.

Hay otras personas que tienen que estar aquí para recibir nuestro agradecimiento: Maruja Martín Miñano, Nuria, Jesús y Javi, Elishabá Mata, Edurne, Rafa y Verónica, Mariana Ruiz de Lobera, Cecilia Pérez-Mínguez y Joaquín Cores, Egido Sanz, Ana Sánchez León, Jaime y Sole (SOJA), Noelia y Luis, las madres de los «ciervos» del colegio Montserrat, Mar Puebla, Miguel Malla, Borja «Mysore», José Luis Rojas, Ariel Jerez, Belén Guerra, Emilio Silva, David Corominas, Juan Carlos Monedero, Narcisa, Marisa Roca, Agustina Monasterio y Germán La-

brador, Pedro Tena, Carolina, María Sierra, Zeynep Kutluata, Cristina Chereguini, Belén López Celada, Carlitos «Guey», Ricardo Montemayor, Ilargi, Emaize, Fernando y Mariona, José Antonio Rojo, Salomé y Paco y los niños, toda la familia española del «Fuego Sagrado de Itzachilatlán», especialmente Lourdes, Antón, Irati y Mikel, Gavioto y Héctor. También Paco y Cristina, Fernando, Marian y Jonás y Pascual, Yolanda y familia.

Una mención especial va para Javier Rodrigo, porque con su actitud nos ayudó a pensar, así como para François Godicheau, que nos invitó a escribir sobre estos temas por primera vez. Desde hace tiempo todas nuestras colaboraciones llevan siempre implícito un agradecimiento a Leopoldo Moscoso, que nos ha enseñado muchas cosas.

Otra muy especial al IES Ramiro de Maeztu de Madrid por facilitarnos la realización de las fotografías de las estelas ubicadas en sus archivos.

El título del libro está inspirado en un tema del primer disco del grupo Negu Gorriak («Negu Gorriak», Oihuka, 1990), titulado «La historia que nos enseñaron» («Irakatsen ziguten historioa»).

PRIMERA PARTE

RELATOS HEREDADOS

CAPÍTULO 1

1936, ENTRE LO FAMILIAR Y LO EXTRAÑO

Un día de agosto de 1936, Ernesto Martínez-Campos von Thode fue detenido en Madrid. Según dos de sus hermanas mayores, que entonces vivían con él, fue abordado por un miliciano de la CNT cerca de la casa familiar en la calle de Alcalá. Para ellas era del todo impensable que su hermano estuviera implicado en política, menos aún en alguna actividad subversiva; siempre negaron que fuera falangista, y al recontar los hechos achacaban la detención a otras causas. En ocasiones —las menos—, a enemistad personal: el miliciano podía conocerle de su vida nocturna, un tanto disipada al decir de su tercera hermana —la mayor de los cuatro—, aunque ésta no vivía entonces con él en Madrid. Lo normal es que se explicasen la detención por los apellidos familiares. El segundo de ellos era alemán, algo que podía resultar peligroso en los tiempos que corrían, o así lo creyeron sus hermanas, que pronto dejaron de usar el «von» en sus documentos personales, e incluso voluntaria o involuntariamente permitieron que en ocasiones adoptase una grafía distinta, «Thade» en lugar de «Thode». Pero más animadversión podía provocar el primero. Éste relacionaba a Ernesto con su tío abuelo el general Martínez Campos, un personaje histó-

rico bien notorio por su vinculación con la monarquía y al que muchos madrileños podían identificar por la estatua de Benlliure ubicada en el ya entonces muy popular parque del Retiro. Durante la guerra —subrayarían después muchas veces sus hermanas— al monumento «le colgaron un perro muerto» en señal de escarnio.

Ernesto tenía 26 años cuando fue llevado a la cárcel Modelo. La noticia de la detención alarmó a sus seres queridos, pero las opciones de influir en su liberación eran muy remotas. El joven pertenecía a una familia de profundas convicciones católicas y lealtad monárquica, altos funcionarios civiles y militares del Estado influyentes si acaso antes de la proclamación de la república, mas difícilmente en el escenario abierto tras el fracaso en Madrid del reciente levantamiento militar de julio. A su padre, —ingeniero de caminos acostumbrado a trasladarse largas temporadas a sus lugares de destino—, el golpe de Franco le había sorprendido en Palma de Mallorca, rápidamente perdida para el poder de la república. Mientras estuvo en la cárcel, el recluso recibió algunas cartas-postales de su padre y hermanas —su madre había muerto hacía dos años— hasta que en una noche de comienzos de noviembre, durante la defensa de Madrid, fue trasladado junto con otros presidiarios y fusilado en las inmediaciones de Paracuellos de Jarama. Semanas después, al recibir la noticia, su padre sufrió un infarto y murió.

* * *

Éste es un relato familiar que recoge una historia dramática, como las de tantas personas que sufrieron las consecuencias del pronunciamiento del 17 de julio, durante la contienda militar que desencadenó, o después, con el hambre, en las cárceles y en el exilio. Para los descendientes de quienes les tocó vivir la guerra de 1936, el primer encuentro con tales episodios suele ser a través de la familia. Prácticamente todos los ciudadanos españoles han recibido una historia situada en la guerra, que normalmente afecta a antepasados cercanos, a menudo en torno a una pérdida irremediable y muchas veces con un desenlace trágico. Estos relatos permanecen en general en el seno de la familia y sólo se comparten con personas allegadas; apenas se publican ni se estudian, de manera que sabemos muy poco acerca del conocimiento que aportan sobre la guerra de 1936.

Los relatos familiares no se escogen ni se construyen a placer, sino que se reciben y heredan sin grandes variaciones formales. El que abre este capítulo fue transmitido en su infancia a uno de los autores de este libro a través de sus tías abuelas. Para ellas, las muertes de su hermano y su padre marcaron el resto de sus vidas: el drama personal y la sensación de injusticia se mezclaban en ese acontecimiento hasta volverlo casi incomprensible y a la vez imposible de olvidar sin perder al hacerlo el sentido de la propia existencia. Según solía decir un miembro lateral de la familia, de alguna manera «el reloj se paró» para ellas en 1936. También por eso, la emoción y el enjuiciamiento eran indistinguibles en la historia que transmitían.

El relato familiar era el medio a través del cual podían mantener viva la memoria de sus seres queridos perdidos. Durante años, en las visitas que casi cada tarde hacían a su sobrina y a los hijos de ésta, el recuerdo de su hermano Ernesto —«Tito»— salía especialmente a colación. Sin embargo, lo que expresaban al narrar su desaparición no era lo que habían sentido entonces —ni cómo eran ellas o el mundo cuando su hermano y su padre vivían y la familia estaba unida—, sino el recuerdo que tenían de aquellos momentos y sentimientos. No podríamos, por el relato, saber qué personas eran ellas cuando recibieron la doble noticia luctuosa, pero seguramente no poseían entonces los mismos valores que cuando sus sobrinos las conocieron treinta años después. Seguramente habían contado los mismos hechos de maneras diferentes —es decir, con juicios distintos— entre finales de la década de 1930 y comienzos de la de 1970, que es cuando los narraron repetidas veces en presencia de los hijos de su sobrina.

Para entonces ellas no recordaban el fusilamiento de su hermano con rencor —aunque el relato comenzaba siempre enfatizando que lo mataron «los rojos»—, sino más bien con una insondable tristeza; otras vivencias y episodios propios y ajenos de la época de la guerra eran recordados en tono semejante, aunque también con horror y miedo. No así los inmediatamente anteriores, para ellas felices años veinte. Había, sin embargo, algo en ese relato particular de la tragedia familiar que lo distinguía de otros recuerdos, y era la manera en que en él aparecía representado el tiempo: por mucho que el drama hubiera sucedido «en la guerra» —una época ya pasada que podía sonar hasta remota—, el dolor con el que era revivido hacía que el acontecimiento pareciese muy reciente, radicalmente actual.

Eso no garantizaba que la historia que transmitían —aunque rica en detalles— permitiera hacerse con un dibujo acabado del escenario en el que habían ocurrido los hechos. La detención de su hermano a los pocos días del pronunciamiento militar estaba rodeada de enigmas y carencias de información que impedían explicar con claridad sus motivaciones. En ocasiones se contradecían entre ellas en la narración de algunos pasajes, pero eso no la volvía menos creíble. En las historias familiares el relato de los hechos no aspira a reconstruir fielmente el escenario del drama, sino a mostrarse verosímil a quien lo recibe sin tener que remitir a pruebas o testimonios. La veracidad de los datos en que se apoya se da por supuesta y manifiesta en la emoción con la que los hechos son expuestos. Los detalles y las comparaciones con el presente son en él normalmente minimizados o eludidos, pues vendrían a desviar la atención o —lo que es aún peor— a relativizar la tragedia que se busca comunicar.

Los recursos narrativos más característicos de un relato de memoria son los que contribuyen a que el oyente llegue a emocionarse profundamente al escuchar la trágica experiencia vivida por su antepasado. La implicación emocional del narrador en los hechos es, por tanto, parte integral de esta modalidad de relato: para que el oyente fije la narración en su memoria, la sensación de proximidad al protagonista del drama ha de ser sincera en la persona que transmite la historia. Los relatos más creíbles son precisamente los que ofrecen las personas que fueron testigos del drama de los antepasados o los que tratan del dolor producido por la tragedia en quien los relata.

Con la reiteración de su relato, las hermanas de Ernesto consiguieron que sus sobrinos nietos hayan retenido en la memoria la peripecia familiar de la guerra de 1936, y que —llegado el caso— la puedan transmitir a su vez a sus descendientes. Sin necesidad de fotografías o retratos, todos ellos han terminado poniendo nombre y rostro a su tío abuelo muerto, haciéndolo suyo. La verosimilitud y la fuerza del relato de memoria dependen en gran medida de que el protagonista de la historia aparezca a los ojos de quien lo recibe dibujado con trazos familiares, reconocibles. Es habitual, además, que encarnen en él valores morales elevados; por el contrario, quienes le ocasionaron daño o la muerte aparecen normalmente como seres crueles y desalmados, desprovistos de humanidad. Más aún cuando se considera que el daño no

ha sido restituido. En esos casos, el perjuicio puede llegar a aparecer como algo indeleble, intemporal.

Estos rasgos añadidos nos acercan a la representación del tiempo en las historias familiares. Al ponerles un rostro, los relatos de memoria contribuyen a dar una imagen de continuidad entre los protagonistas y sus descendientes: el recuerdo hace que los parientes desaparecidos se mantengan como parte del grupo familiar que no los olvida. El relato de memoria confirma y perfila así los valores compartidos por una comunidad que es de sangre pero que es también en buena medida de lazos morales. Ahora bien, esos valores actualizados por el relato son unos muy concretos: los de quienes se identifican con él en el momento de su transmisión. Los relatos basados en la memoria están construidos con materiales semánticos y referentes valorativos que no son propios de cuando se produjo el acontecimiento que narran, sino posteriores; tampoco de cuando se elabora la historia, sino de cuando se transmite y recibe. Por este motivo, en las historias familiares, los juicios morales del presente irremediablemente se proyectan hacia el pasado, hasta el punto de que suelen borrar los contrastes y diferencias entre el entonces y el ahora.

El resultado de todo esto es una *naturalización* del tiempo histórico al que hacen referencia los hechos que se describen: el pasado se muestra en los relatos de memoria como un espacio natural, familiar, cercano, comprensible a primera vista. Tal vez por ello ni las interpretaciones de hechos ni los datos que estas narraciones aportan resultan en general fiables para el experto. ¿Resultan por ello inútiles como vía para aumentar nuestro conocimiento acerca del pasado reciente? En absoluto. Los relatos familiares de guerra identifican personas desaparecidas de las que puede no haber registro documental, ofrecen información muy relevante —no siempre contrastable pero a menudo imposible de obtener en los archivos— sobre acontecimientos y prácticas sociales del pasado; ponen en fin rostro a procesos de violencia colectiva. Todo esto son aportaciones importantes para el estudio de la guerra de 1936, un conflicto armado que afectó con intensidad a una gran mayoría de la población no combatiente.

Los relatos familiares son un mecanismo primero e importante en la socialización de valores; expresan la identidad de quien los transmite y contribuyen a conformar la de quien los recibe. Es difícil

creer que los relatos sobre la guerra no ejerzan influencia sobre quienes los han interiorizado en la infancia. Sin embargo, lo habitual es que quienes estudian la guerra, la etapa histórica inmediatamente precedente —la Segunda República— y la que le siguió —la dictadura franquista— guarden silencio sobre los relatos familiares que han heredado o que ellos mismos han construido. Hay autores de libros de historia de la guerra que ofrecen a veces una breve referencia al origen de su interés por el tema, pero, en general, eluden pronunciarse acerca de la influencia que sobre su trabajo ha podido tener la manera en que les fue a su vez contada la guerra. De ser preguntados al respecto, muchos de ellos se apresurarán a negar que la memoria personal o heredada de este conflicto haya orientado su trabajo. Con todo, el influjo puede ser grande aunque no se manifieste de forma consciente.

Según reclama el historiador Pierre Vilar, el lector tiene «derecho» a «un mínimo de información sobre las relaciones» entre el investigador y su tema de estudio. Seguramente no por casualidad efectúa esta demanda en una conocida obra de síntesis que trata sobre la guerra de 1936. El libro se abre con una anécdota personal ocurrida en julio de aquel año, a partir de la cual recuerda la «angustia» que entonces le produjo «el desgarramiento de un país amado y los sufrimientos de amigos» muy queridos [1]. Al igual que a él, a muchos de sus colegas les ha motivado inicialmente alguna historia personal o familiar sobre aquellos años. Y es que antes de ser autores, los estudiosos de la guerra de 1936 han sido con mucha probabilidad receptores de un relato, normalmente oral, sobre la contienda.

¿Por qué los expertos en el tema tienden a omitir en sus obras la memoria propia o heredada del conflicto? Esta ausencia es justificada con el argumento de que la memoria es subjetiva; su presencia en el relato de tipo histórico haría que éste perdiera objetividad. Pero memoria no es sinónimo de falta de verosimilitud; los expertos en cambio, aunque lo deseen, no pueden desprenderse completamente de su subjetividad al estudiar el pasado. La memoria es un origen legítimo del interés por la historia, por no decir que es un ingrediente esencial de toda motivación por el conocimiento del pasado reciente. Reconocer la influencia de la memoria equivale, sin embargo, a admitir que se investi-

[1] Pierre Vilar, *La guerra civil española*, 1986, p. 9.

ga el pasado por razones que van más allá de la aspiración al conocimiento por el conocimiento.

Otro ejemplo de dicotomías que aparecen una y otra vez en los relatos sobre la guerra de 1936 es el que se establece entre verdad y ficción o mito. Se considera que, dado que los libros de historia se apoyan en un método científico de conocimiento, los relatos que no se ajustan a tal método son inverosímiles y lo que cuentan es mentira. Sin embargo, los cuentos y los mitos también proporcionan conocimiento; la verdad absoluta es en cambio un ideal difícilmente alcanzable.

En lugar de negar a la memoria o al mito su contribución al conocimiento, es más riguroso tratar de comprender qué tipo de conocimiento proporcionan. Una manera de abordar esta cuestión es comparar la naturaleza de los relatos que produce la memoria con los que proporciona la historia. Los relatos de memoria están como hemos visto, teñidos de familiaridad y caracterizados por la naturalización de escenarios y protagonistas. Pero la naturalización no es privativa de los relatos familiares sobre la guerra. El relato de tipo histórico también opera volviendo familiar el mundo pretérito que describe. La naturalización es en realidad un estilo narrativo que preside numerosas interpretaciones históricas, por no decir que está presente en todas ellas, pues es imposible escribir desde fuera del tiempo: el presente se cuela constantemente en nuestras interpretaciones del pasado.

¿En qué medida y de qué maneras está presente la naturalización en la interpretación de la guerra que hemos recibido los ciudadanos españoles de varias generaciones? Porque la guerra que nos han contado puede estar diciendo más acerca de quién la ha escrito y cuándo ha sido escrita que de los acontecimientos que aborda.

El pasado como mundo ajeno

La historia de mi familia materna se podría contar como un relato en el que el tiempo quedó en suspenso, anclado en un pretérito que se detuvo, 1936, y en un espacio, la ciudad de Murcia. En noviembre de aquel año, mi abuelo, Ángel Martín Fernández, médico de profesión y director del hospital de la Cruz Roja en aquella ciudad, fue sacado de su domicilio para no regresar a él jamás. El doctor Martín había nacido hacía 36 años en la pro-

vincia de Zamora, trasladándose por motivos laborales a aquella ciudad levantina, donde contrajo matrimonio con mi abuela María Miñano Hervás. Fue en Murcia donde también inició su admiración por el republicano y conservador Melquíades Álvarez, un apego por el fundador del Partido Reformista que terminaría por hacer de él una figura señalada en los días posteriores al fracaso del pronunciamiento.

Mi abuelo murió a las puertas del hospital de la Cruz Roja, de noche, no se sabe si como consecuencia de las heridas sufridas durante el «paseo» o por un disparo de bala. Lo cierto es que con su muerte se desencadenó la tragedia familiar. La tuberculosis se agravó en su viuda, que tuvo que permanecer hospitalizada en un sanatorio de Sierra Espuña mientras sus tres hijas eran rápidamente trasladadas a una finca familiar cercana a Calasparra, donde pasaron el resto de la contienda al cuidado de su anciana tía. El cuarto hijo, un varón, permanecería el resto de la contienda en Ávila, adonde había acudido a veranear con sus abuelos antes de que estallase la guerra. Ninguno de ellos se volvería a encontrar nunca con su madre: María moría quince meses después del trágico suceso. Terminada la guerra civil, sus cuatro vástagos fueron repartidos entre Madrid y Valladolid, internos en instituciones educativas vinculadas al Colegio de Médicos. Allí permanecieron hasta cumplir la mayoría de edad.

* * *

Este segundo relato muestra que no hay dos historias familiares iguales. Las experiencias que se narran son siempre muy particulares, irrepetibles, pero además las historias cambian conforme lo hace quien las recuerda y las transmite a otros; también ante receptores diferentes. Con los mismos datos, esta misma historia sería distinta contada tiempo antes o después, o si estuviera dirigida a un público diferente. El relato que aquí aparece es el que recibió en su infancia el otro autor de este libro. Está narrado en primera persona, y eso lo hace aparecer como algo más personal e intransferible todavía.

Sin embargo, por muy particular que se considere una vivencia, quien la revive no puede inventar las palabras o cambiar el significado de las que existen para transmitir la singularidad de su memoria; de lo contrario, los relatos de memoria serían incomunicables. Porque los relatos de memoria no sólo se transmiten entre generaciones, sino que se

comparten con otras personas del entorno de amigos y conocidos. Nosotros, los autores de este libro, hemos compartido nuestras historias familiares desde la infancia; nos hemos intercambiado así cada uno parte de la memoria del otro. En ocasiones, hemos contado a terceros una tragedia familiar que no era la nuestra pero que podíamos repentinamente sentir como tal, llegando a hacer uso de ella en alguna disputa acerca del pasado.

La fuerza de la memoria se manifiesta sobre todo en esa capacidad que tiene de hacer sentir en carne propia algo que en realidad no se ha vivido personalmente. La memoria se comparte; no sólo las vivencias personales y concretas, sino la urdimbre de valoraciones y significados de que éstas están hechas. De hecho, los relatos familiares, aunque no son intercambiables, están en realidad cortados a patrón: son perfectamente agrupables en conjuntos dependiendo de la memoria colectiva a que hacen referencia. En palabras de Maurice Halbwachs —el padre del análisis psicosocial de la memoria—, en el recuerdo personal hay mucho que procede de referentes colectivos [2]. Lo mismo puede decirse de la memoria a escala familiar: todas las historias familiares remiten a algún patrón colectivo más amplio de significados, que forma parte del lenguaje de la época en que se forjan y transmiten.

En el caso de una guerra, la memoria se reparte inicialmente entre dos grandes comunidades de significado, la de los vencedores y la de los vencidos. Los dos relatos familiares presentados en estas páginas tienen en común que describen experiencias dramáticas del lado de los vencedores. Pero no porque nos hablen de muertos de ese bando: al fin y al cabo tratan de personas que perdieron la vida en los primeros meses del conflicto, cuando aún no había vencedores ni vencidos. Son relatos del lado de los vencedores porque fueron urdidos —una vez terminada la contienda— por personas que tenían conciencia de no pertenecer al bando de los derrotados.

A través de historias familiares de este tipo se transmite una memoria colectiva de uno de los bandos enfrentados en la guerra. La intensidad de la memoria no reside en su capacidad de evocación —que se suele ir desdibujando con el tiempo—, sino en la vinculación moral que puede crear entre sujetos de distintas generaciones. Con el recuerdo se transmiten

[2] Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva*, 2004, pp. 36-38.

una serie de valores que contribuyen a vincular a los vivos con los desaparecidos en una comunidad imaginada. Sin embargo, los autores de este libro no consideramos que nuestra identidad se encuentre representada en esos relatos sobre la guerra de 1936 que hemos recibido en el entorno familiar; no compartimos los significados con los que están construidos ni el patrón de memoria colectiva al que refieren. No nos sentimos, en fin, identificados con los valores, convicciones o ideas de quienes nos transmitieron estos relatos.

No podríamos precisar en qué momento de nuestra biografía tuvo lugar esta desvinculación moral e ideológica. Fue seguramente un proceso lento y, desde luego, imperceptible. Lo cierto es que desde hace años el relato familiar no es un referente de nuestra manera de vernos a nosotros mismos ni de dar valor al mundo. No por ello pierde dramatismo para nosotros la tragedia de nuestros antepasados: constatamos hoy la huella que esa herencia ha dejado y continúa dejando en nosotros. Menos aún puede decirse que esos relatos familiares hayan dejado de influir en nuestra manera de abordar el tema. De hecho, nuestro interés por la guerra de 1936 se origina en gran medida en las preguntas a que nos ha abocado nuestra relación con esos relatos familiares.

Nuestros antepasados desaparecidos siguen ocupando un lugar en nuestro imaginario personal, aunque ya no ejerzan de vínculo moral e ideológico con los restantes miembros de la familia con los que seguimos manteniendo relaciones afectivas. Desligarnos de los anclajes morales de nuestras historias familiares y de la pauta de memoria colectiva a la que remiten no nos ha traído, por tanto, como consecuencia el olvido. Y es que el distanciamiento personal puede producir otros desenlaces.

¿Quiénes eran esos antepasados nuestros que encarnaban unos valores y unas ideas que nosotros hemos dejado de compartir? En realidad, lo que hemos dejado de compartir al no sentirnos identificados con nuestros relatos familiares de la guerra no son las ideas y valores de nuestros antepasados —sus protagonistas—, sino las interpretaciones de esas ideas y valores realizadas por quienes crearon y transmitieron los relatos que hemos heredado. Lo primero que se comprende al tomar distancia de un relato de memoria es que la imagen que se hereda de los antepasados es la que de ellos construyeron sus descendientes próximos. Este conocimiento es liberador: ya no se depende completamente de lo

dicho por otros a la hora de recuperar a los antepasados comunes. Ahora bien, al quitarnos la lente que nos los refractaba, tampoco ha emergido por sí sola una imagen veraz de ellos. Al interponerse entre nosotros y ellos, el relato familiar ha situado a nuestros abuelos y bisabuelos en una lejanía que se palpa todavía más una vez que hemos dejado de verlos a través de ojos ajenos. La incógnita que los envuelve no ha disminuido, sino que ha aumentado.

Es cierto que no partimos de cero a la hora de hacernos una imagen de ellos, ya que el relato familiar aporta siempre alguna información acerca de sus protagonistas. En el caso de nuestros parientes desaparecidos en la guerra hemos constatado que sus orientaciones ideológicas y morales no coinciden con las nuestras actuales. Pero, ¿cuáles eran realmente sus ideas y valores? Lo que sabemos de éstas nos ha llegado por un relato que las presentaba en continuidad con las de quienes nos lo transmitieron. Mas así como la continuidad se ha roto entre éstos y nosotros, también entre los valores e ideas de nuestros antepasados desaparecidos en la guerra y sus descendientes próximos puede haber existido una discontinuidad por mucho que éstos se considerasen herederos de sus afinidades. Aun no afectando a sus respectivas posiciones ideológicas, la discontinuidad entre ellos puede ser en realidad mucho más profunda.

Ernesto era de familia monárquica y Ángel era en cambio republicano; no obstante, ambos pertenecían a un universo de valores católicos y conservadores. Pero, ¿podemos dar por descontado que sabemos qué quería decir eso entonces?; esto es, ¿qué significaba para ellos comparado con lo que significa para nosotros o para quienes nos han transmitido su memoria? La discontinuidad sobre la que esta pregunta llama la atención afecta a algo más allá de las alineaciones ideológicas o los valores concretos: afecta a los *marcos referenciales* con los que las personas configuran su visión del mundo, su identidad. No hablamos de posibles diferencias intergeneracionales dentro de un espectro dado de posiciones ideológicas, sino de una distancia de carácter cultural entre el pasado y el presente, una cesura profunda que hace que, aunque las ideas de nuestros antepasados cercanos hayan estado expresadas en nuestro mismo idioma, no posean el mismo significado que nosotros les damos hoy. La distancia de la que hablamos no es en fin cronológica; a tenor de ella, más que simples desconocidos, nuestros antepasados cercanos pueden ser considerados seres extraños, incomprensibles, ajenos.

¿Por qué habrían nuestros abuelos de compartir nuestros referentes valorativos? ¿Por qué habrían de verse a sí mismos y al mundo que les rodeaba de forma semejante a como nosotros lo hacemos? Preguntas de este tipo nos acercan a un estilo diferente de aproximación al pasado. En él la historia y sus protagonistas son interrogados a partir del reconocimiento de su *alteridad*. Ellos no fueron como somos nosotros; eran «otros», es decir, empleaban otras categorías para dar sentido al mundo, a sus relaciones, a sí mismos. Tal vez no nos podríamos comunicar con facilidad con ellos. Esto es algo que no nos cuesta mucho reconocer en personas que proceden de otros países y culturas. Pues bien, también nuestros antepasados pueden ser observados como sujetos esencialmente ajenos a nuestros códigos de valores.

El de la alteridad es un estilo que difícilmente se encuentra en los relatos de la memoria, pues interroga acerca del pasado y sus habitantes desde lo más opuesto a la familiaridad. Por distintas causas, esos sujetos que tal vez en un tiempo nos parecían perfectamente comprensibles por cercanos, se nos aparecen distantes y difíciles de comprender en sus actos. No entran con facilidad en los parámetros con los que evaluamos el comportamiento ajeno o propio. La guerra de 1936 es uno de esos episodios que más ha provocado el estupor entre públicos muy amplios y variados dentro y fuera de España. Ha sido y sigue siendo habitual emplear términos del universo semántico de la irracionalidad —como «locura», etc.— para despachar muchas de las cosas que pasaron durante ese tiempo. La constatación de determinados comportamientos individuales y colectivos antes y durante la guerra ha urgido también a buscarles respuestas más elaboradas; éstas se originan en el interés por comprender unos comportamientos que se muestran extraños. Puede que muchos estudios de la guerra de 1936 hayan partido de una sensación inicial de incomprensión y extrañeza.

Ello equivale a decir que el pasado entendido como alteridad está de algún modo presente en los libros de historia, y esto es algo que los distingue de los relatos familiares. Nuestro conocimiento del pasado está compuesto en definitiva por dos modos de aproximación: uno *naturalizador* y otro *alterizante*[3]. El historiador construye el pasado con los materiales del presente, pero también parcialmente al menos intenta re-

[3] Sam Wineburg, *Historical thinking and other Unnatural Acts*, 2001.

construirlo. El problema es que en la actividad del historiador se entremezclan la construcción y la reconstrucción de forma normalmente inconsciente: la traducción de los documentos al lenguaje presente coexiste con una interpretación más sensible a la alteridad. Ambas orientaciones atraviesan los estudios históricos; pero ello no garantiza una síntesis entre ambas: construir el pasado y reconstruirlo son sin duda cosas distintas, tanto que pueden llegar a resultar contrarias. Lo importante es comprender qué relación hay entre ambas actividades.

La imagen del pasado como un lugar extraño —y de sus protagonistas como seres ajenos a nuestros marcos referenciales— es siempre efecto de un distanciamiento respecto de los relatos históricos transmitidos, tengan éstos por origen la familia o los libros. El distanciamiento pone en evidencia la tendencia que tenemos a traducir el pasado para adaptarlo a nuestras convenciones y prejuicios. No hay, por otro lado, nada inscrito en el pasado que exista independientemente de las preguntas que le hacemos. Por eso, cuanto más conscientes seamos de que nuestras preguntas están moldeadas en un lenguaje y unos valores convencionales —contingentes y del presente— en mejores condiciones estaremos de distanciarnos críticamente de nuestra tendencia a proyectarnos sobre el pasado que observamos.

Hay, no obstante, terrenos en los que nuestros prejuicios están tan enraizados que no podemos siquiera distinguirlos, menos aún superarlos; en estos extremos no podemos detener nuestra inclinación a construir el pasado a imagen y semejanza del presente. En el caso de la guerra de 1936, los valores instituidos desde la transición a la democracia funcionan como el principal límite a la hora de observar a nuestros muertos como seres extraños que nos urgen a reconstruirlos en lugar de enjuiciarlos desde lo que consideramos valores universales o de sentido común. Ese sentido común que llamamos «democrático» puede estar funcionando como una venda que nos impide conocer a nuestros antepasados.

No podemos en definitiva escoger libremente el grado de distanciamiento con el que observamos el pasado. Esto no nos condena a contar una historia cortada por el patrón de las convenciones de nuestro tiempo. Es difícil desde luego que logremos librarnos a voluntad de nuestros parámetros culturales y morales. Pero al menos podemos mostrarnos sensibles a las cuestiones que plantea una visión de la historia como al-

teridad. Esta actitud de partida puede además enriquecerse con otra de carácter ético: podemos tratar de suspender el juicio. Pues lo que nos devuelve constantemente a la naturalización, a la familiaridad, a la construcción del relato histórico de la guerra de 1936 desde nuestros valores presentes es la intención última de juzgar a nuestros antepasados o a quienes los mataron. Suspender, en cambio, el juicio, la denuncia —de los nuestros y de quienes fueron sus enemigos—, es la única alternativa que garantiza un conocimiento cualitativamente distinto al que acompaña la proyección hacia atrás de nuestros prejuicios y la invención del pasado a nuestra imagen y semejanza.

Dejar de enjuiciar las conductas de quienes no conocemos mientras no sepamos qué significado daban a sus actos y qué referentes empleaban para justificarlos, tiene muy poco que ver con realizar un juicio imparcial sobre la guerra de 1936, que es lo que habitualmente ofrecen los libros de historia. Suspender el juicio es un acto de libertad moral, y por tanto puede llegar a producirse como resultado de una decisión; un juicio imparcial es, en cambio, una contradicción en los términos. Es imposible no juzgar desde alguna parte: el juez lo hace por referencia a unas normas que remiten a principios y a valores. También lo hace el historiador y el lector de sus libros sobre la guerra de 1936.

Suspender el juicio no es ninguna utopía; es de hecho algo que autores y lectores hacemos en ocasiones cuando nos acercamos al pasado. Hay aspectos del pasado sobre los que admitimos que —en la medida en que entonces no existía una conciencia sobre determinadas cosas como la que tenemos hoy— nuestros antepasados eran distintos de nosotros. Nuestros parientes desaparecidos a comienzos de la guerra de 1936 habían recibido una educación distinta a la nuestra, y eso seguramente influyó en su visión del mundo. Cuando los miramos desde esta perspectiva, carece de sentido emitir un juicio sobre ellos. Hay, en definitiva, terrenos en los que asumimos la diferencia, la alteridad. ¿Hasta qué punto y en qué aspectos de la guerra de 1936 se ha logrado tomar distancia, abordar el tema desde la alteridad, y suspender el juicio? Porque puede ser que nuestro conocimiento de la guerra se encuentre obstaculizado por la obstinación en emitir un juicio imparcial sobre unos acontecimientos que más bien reclaman que los abordemos —reconociendo la parcialidad de todo enfoque en lugar de negándola— como hechos extraños.